

El lazo azul

MERCEDES AURORA BLANCO RODRÍGUEZ

*La noche está muy triste y llora muerte por el cauce
infeliz del lagrimal de las estrellas negras, lluvia a
chorros de sangre, por los poros sin gloria de los cielos.*

LA LUNA tenía sangre en los ojos y echaba berrón por la boca, la noche en la que apareció ultrajado frío el cuerpo de la Candidata, la hija única de la Licariona. En el regazo seco la encontraron, los ojitos abiertos sin mirada, fijos en tul cielo enconado, sentado impasible entre las ramas secas de la encina mocha, que como muñones descarnados alzados en el aire imploraban clemencia a los dioses sordos que desoyeron los gritos de la pobrecita.

Dijeron que la niña había sido elegida como víctima para purgar el pecado de la madre que la había concebido sin padre conocido.

Eso vomitaron las bocas piadosas que rumiaban misterios dolorosos entre los dedos desacostumbrados a la erudición de las caricias. No hubo ni sospechoso. La Benemérita miró sin ver delito entre los carrascos, y el juez ordenó el levantamiento del cadáver en una madrugada pintada sangre malva por sobre el horizonte.

En todas las esquinas se apoyaron sollozos cuando las campanas doblaron a duelo. Corrió la madre como un perro rabioso al oír la noticia. Corrió, por si un infundio malicioso fuera de gente con el alma desalmada. Corrió hasta sentir latirle el corazón en la garganta añusgándole el resuello. Corrió por si fuera verdad y algún soplo de vida le quedara que ella fuera capaz de alentar con su presencia, con la fuerza de los besos restallados sonoros en las mejillas angelicales. Pero nada. Por más que la movió, que la llamó su voz en grito desollado, que le susurró amores al oído. Nada, Por más que le dijera: *tranquila prenda mía que tu madre te resucitará*. Por más que le llenara la cara de mimos y de lágrimas ardiéndole promesas a la Virgen del Carmen. Nada. La mirada extraviada de la Candidita no se rebeló ni siquiera cuando su madre le bajó los párpados y se quedó así, como dormida, igual que una muñeca de cartón ablandada de muerte por las manos de la lluvia, perforada la carne por la misma exhalación que dejó mutilada a la encina mocha.

Cogió la Licariona entre sus brazos el cuerpo liviano de su prenda exánime y con tan dolorosa carga, anduvo erguida por las callejas del pueblo, conteniendo la rabia y la pena que le trizaban el corazón y le embotaban el entendimiento.

Entre el delirio y la sinrazón entró en casa sin hacer ruido, de puntillas sobre su locura para

no interrumpir el sueño de su ángel, y al rincón de la lumbre se sentó, la Candidita en su halda, reclinada la carita en el pecho atormentado de la Licariona que juraba sollozando venganzas, dándole rienda suelta al cauce de su llanto: *por Dios te juro que el criminal que te ha hecho esto me las pagará*

Al desnudarla, poco a poco, con amorosa delicadeza, por evitar abrirle las heridas, echó en falta la lazada azul que le ceñía el vestido a la cintura, el que llevaba puesto, tan limpio, recién cogido del tendal, que la fiera que la atacó había hecho jirones, encanallado en busca del placer animal. Era una cinta azul de raso que le ponía en el talle un porte de lujo de nunca conseguir. Dos nudos apretados tenía que hacerle siempre para que no se desataran las caídas que daban a la Candidita aspecto de princesa de trenzas rubias con lacitos celestes en las puntas, a juego con sus ojos. Encorajinada se imaginó la Licariona al bárbaro que la ejecutó entretenido en deshacer el lazo que le anudaba señas de identidad a la cintura, y maldijo como en una oración: *el que a cordón mata a cuerda morirá.*

Atusándola permaneció hasta que la última brasa se apagó y el tizón dejó de iluminar el chupón, cuando ya la mañana arregazaba por la claraboya y el viento esparcía el rescoldo por las losas bien escamondadas. A aquella hora nefasta del día que no quería creer, llegó el carpintero con el ataúd blanco -el mejor, le había dicho la Licariona- y en él colocaron a la niña vestida inmaculada, con el traje inédito por estrenar, que con sacrificio y en noches insomnes le había confeccionado caprichosamente su madre para el día más feliz que no pudo gozar.

Los cirios le pusieron a los dos lados de la cabecera. Dos cirios encendidos iluminando el rostro hermosamente angelical de la Candidita. Dos cirios amarillos alumbrando el tormento estático de la Licariona, la mano en el pecho de su hijita eslardada de muerte. Dos cirios que delataban miradas piadosas cuajadas de lágrimas curiosas buscando asesinos.

También olfateaba criminales la intuición de la Licariona. Como una dolorosa buscaba en los labios de todos la baba delatora, un rastro de culpabilidad en las ojeras, un cabello rubio enredado en los tautos de los que desfilaban blasfemando plegarias.

De repente los ojos de la Licariona se revolvieron en sus cuencas y se clavaron como puñales fríos en los del Fxoristo el Chinda, el vendedor de despojos, al que las malas lenguas atribuían la paternidad de la Candidita. Por el bolsillo izquierdo del pantalón de pana asomaba acusadora la punta del lazo azul que ataba a la cintura el vestido de la niña muerta.

El grito se quebró, antes de ser, entre los dientes de la Licariona.

Nadie advirtió nada. Sólo ellos dos, que compartían desamor y secretos, supieron qué bramaba el silencio. Una mueca de él torcida a la izquierda, y un *te acompaño en el sentimiento* bisbiseado en la oreja, pusieron al borde del pasmo a la Licariona, que se contuvo confortada por el vigor que inspira la venganza, que en aquel momento comenzó a tomar forma en su desesperada conciencia.

Le dieron tierra a la Candidita una tarde de mayo de flores a porfía, cuando las primeras moscas se posaban golosas en las plastas calientes. Las niñas de la escuela llevaban velos blancos y cantaban *alabadoooo sea el santiiüísimo sacrameeeeeento del altaaaai* ; con velas encendidas, oscilantes las llamas, como ánimas del purgatorio regresadas al Más Acá.

La Licariona quiso tirarse al hoyo abierto húmedo, enterrarse en la fosa rezumante de llanto doloroso de los muertos vecinos, conmovidos por el drama tan grande, que en vida no habían asistido a suceso tan trágico en toda la comarca. El grito de la madre huérfana de hija, clamando en carne viva al cielo, se estrelló contra el infinito que respondió con un relámpago al que siguió

un trueno, y las nubes se abrieron vengativas en un aguacero feroz que apagó el humo de los incensarios y el eco piadoso de los réquiem, los misereres y los de profundis.

La Licariona se empeñó en enterrar su corazón junto al cuerpo desamparado del amor de su vida y se recluyó en la penumbra negra de su casa de luto. Atrancó bien la puerta, cerró las ventanas a la luz del sol y a los hechizos de la luna, y ni atizó la lumbre, imponiéndose una condena tan injusta como destructora, que la aproximó a las orillas peligrosas del río de las aguas violentas en cuyo seno duermen los suicidas sus sueños funestos de locura.

El pueblo se solidarizó con su dolor, y por el ojo de la cerradura del portón clausurado a las visitas, las buenas vecinas le aconsejaban resignación cristiana y mucha fortaleza para encomendar al Señor el alma de la difunta, sin enterarse de que un ángel, como su Candidita, no precisaba de recomendación de divinidad alguna para sentarse a la diestra de Dios. Si no había tenido ni tiempo de pecar; si su existencia tan breve no pudo descubrir el mal; si su inocencia no aprendió a hacer distingos entre buenos y malos. Por eso se fió del asesino. Por eso estaba muerta.

Lloró todas las lágrimas del mundo, y cuando se le secó el cauce de los lagrimales abrió de par en par las ventanas del ánimo, puso el puchero al fuego a hervir rencores y huesos de gallina vieja para reponer fuerzas, y volvió a destripar terrones, a entresacar remolacha, a atar haces, a lavar en las pozas mortajas ajenas, a pintarse los labios y a acicalarse el cuerpo maltrecho de sufrir.

Exoristo el Chinda, viéndola predisuelta a encararse de nuevo con la vida, se acercó a ella apenado y remiso. La Licariona entreabrió los labios insinuándose receptiva al beso desdentado. Le repugnaba el solo pensamiento de beber amor en cualquier boca despoblada, y la náusea le afluía ácida imaginándose al Chinda, ofreciéndosele lujurioso como un despojo de los que vendía.

Aún así, venciendo ascos revenidos se dejó seducir una tarde de rastrojos secos y olor a tomillo, y anduvo con él por el retamal, abandonada a las lisonjas torpes del Chinda que pretendía consolarle lo inconsolable, como si un hálito piadoso se hospedara imposible en sus entrañas podridas de malicia. Al llegar al lugar exacto del crimen brutal, se fingió privada de razón y se sentó, la espalda estribada en el tronco de la encina mocha junto al que encontraron a su prenda muerta. El se acercó solícito a acariciarle amores en el cuello, a secarle sudores entre los senos a punto de estallarle en horror contenido. Ella lo dejó hacer. Esperó a sentir en sus miembros los temblores obscenos que le debilitaran las fuerzas y aprovechó para extraerle del bolsillo del pantalón de pana la lazada azul agraviada de sus manoseos. La estrujó en la palma de la mano hasta notar latirle el corazón de su pequeña. Ensimismada en acariciarla, ni siquiera advirtió las manazas del Chinda desabrochándole la blusa, tan centrada como estaba en su objetivo, y a la niña mártir se encomendó para llevar a feliz término el plan trazado durante tantas noches de insomnio doloroso al rincón de la lumbre. La seda resbaló por el cogote, como en un juego erótico preámbulo del goce, y se deslizó suave midiendo el diámetro de la gorja hinchada de placeres, La Licariona solamente tuvo que hacer el nudo y apretar fuerte hasta sentir congestionado el aliento asesino. Forcejearon ambos: la mujer bramando vengadora; el hombre intentando desasirse del lazo que le cercenaba jadeos en el gañote.

Cuando al amanecer encontraron el cuerpo de la Licariona balanceándose, colgado de la rama más gorda de la encina mocha, nadie en el pueblo dudó del suicidio. El cura pretendió negarle la tierra sagrada, pero era demasiado brutal darle sepultura separada de su Candidita, cuya ausencia, dijeron, no pudo soportar.

La luna pálida se escondía horrorizada a aquella hora, tras el horizonte de encinares, con los ojos en sangre y echando berrón por la boca.

Exoristo el Chinda, se quitó la boina ante el cadáver, metió la mano en su bolsillo izquierdo y en la profundidad oscura jugaron sus dedos con la cinta de raso azul; sus dedos criminales se paseaban una y otra vez por los nudos suaves como si fueran las cuentas de un rosario por rezar.

En la madrugada del veinticinco de febrero, festividad de San Justo, de niebla y chupiteles en los tejadillos, los vecinos más madrugadores vieron al Chinda caminar despacio, de la mano de una niña rubia con lacitos azules en las trenzas. A todos extrañó la presencia infantil en compañía del vendedor de despojos, al que no se le conocía familia ni amistades. Alguno interpretó la visión como una secuela del madrugón y de la espesura brumosa que hacía ver fantasmas tras el cortinón gris de boira densa que caía sobre las calles de barro. Pero el cura afirmó. Y lo que el cura aseguraba iba a misa. Y ya nadie negó la evidencia. La tía Celestina, que no dormía ni de noche ni de día, juró y perjuró aterrada que la niña que acompañaba al Chinda no era otra que la Candidita, que al pasar miró a su ventana con sus ojos azules y la boca riente, y con la manita levantada saludó como tenía por costumbre, y ella le respondió sin percatarse de que la Candidita ya no era de este mundo.

Al atardecer de aquel día de invierno de lobos hambrientos aullando amenazas, hallaron el cuerpo del Chinda balanceándose en la rama más fuerte de la encina mocha. Los ojos saltones miraban al cielo plomizo, y en los labios abiertos se apreciaba el amago de una sonrisa, una mueca inusual de paz en su boca mellada. El juez sólo dijo: *parece mentira que una cinta de raso pueda sostener tan considerable corpulencia muerta.*

Un cuajarón de obscuridad veló posibles huellas, pisadas veniales sobre la tierra húmeda. Después, una luna fría como el acero se asomó poco a poco al horizonte. Todos pudieron verle la mirada encendida, pero ya no tenía sangre en los ojos ni echaba berrón por la boca.